

«¡Ha resucitado! ¡Aleluya!»

Homilía para el Domingo de Pascua

Hermanas y hermanos, aunque no es mi género habitual, el homilético, invitado por el p. Francisco Berola, comparto hoy unas humildes reflexiones que son también convicciones vitales para mí.

la Iglesia entera estalla hoy en un único grito de gozo: ¡Jesús ha resucitado! No como una noticia llegada de lejos, sino como una verdad que nos atraviesa el corazón, y lo llena de esperanza.

Hoy queremos dejarnos habitar por este misterio a través de cuatro miradas que se iluminan mutuamente y son cuatro buenas noticias humanizadoras.

I. El origen de nuestra fe: un grupo de mujeres dolientes que amaban a Jesús

La fe en la Resurrección no nació en una cátedra teórica, ni fue proclamada primero desde un palco de poder. Ni es fruto de una alucinación o visión especial.

Nació, como hemos leído hoy en el Evangelio, en el corazón roto de unas mujeres que amaban. Fueron ellas —María Magdalena, María de Santiago, Salomé, Juana y sus compañeras— quienes, antes del amanecer, caminaron hacia el sepulcro cargando especias y ungüentos. No iban a celebrar; iban a llorar con dignidad, a cumplir el último acto de amor que les quedaba por ofrecer al amado Maestro muerto.

Ese detalle no es menor. El Evangelio nos dice que las mujeres fueron las últimas en abandonar el Calvario y las primeras en llegar al sepulcro. El amor no tiene horario ni se deja vencer por el miedo. Mientras los discípulos varones permanecían

encerrados bajo llave, temblando, ellas salían al encuentro del dolor con pasos decididos.

Dios eligió el amor herido de unas mujeres como primer receptor de su victoria sobre la muerte. Eligió la fidelidad oscura y madrugadora, la que no espera recompensa, la que unge un cuerpo sin saber aún que ese cuerpo ha vencido el sepulcro.

La intuición de la gran mística Santa Teresa nos mostró que el amor a Jesús nos hace iguales a Él. El amor fiel fue la clave que abrió la tumba. Seguro que de esto tenemos mucho que aprender en relación al tema de la igual consideración de las mujeres en la vida social y de la iglesia.

Es lo que sucede también aquí en este Hogar: un grupo, sobre todo de mujeres, acuden cada mañana a ungir los cuerpos y zurcir relaciones de cuidado que resucitan al día a quien no puede hacerlo solo. Estas mujeres se llaman Tei, Aschelen, Natacha, Susana, Fernanda, Milagros, Romina, Erika, Verónica, Teresa, Rosario, Marta, Iris, Natalia, Roxana, Sabrina, Tamara, Elba, Castillo, Florencia, Susana, Patricia, Cristina, Rosario, Joana, María, Maira, Micaela, Bety y otras, a las que honro nombrando.

II. La belleza de vivir el amor que no tiene fin

La Resurrección no es simplemente el regreso a la vida de alguien que había muerto. No es un cadáver revivificado. Es la revelación definitiva de lo que el amor es capaz de hacer.

La Pascua nos dice que el amor no pierde, que el amor no termina, que el amor tiene la última palabra, que es más fuerte que la muerte

La filósofa y mística francesa Simone Weil toca el corazón del misterio pascual diciendo que el amor de Jesús fue precisamente ese amor puro, sin apego a sí mismo, que se vacía hasta la muerte y por eso mismo se convierte en fuente de vida inagotable.

Si el amor tuviese fin, la vida humana sería la tragedia más cruel del universo. La Resurrección es la respuesta de Dios a esa angustia: el amor que entregó Jesús en la cruz no desapareció; fue glorificado, devuelto a las amantes y al mundo como Espíritu vivo.

Hay aquí una belleza que nadie puede negar: la belleza de quien ha tocado algo eterno, sagrado, como se toca en este Hogar cotidianamente, también gracias a vuestra frecuencia en forma de voluntariado, de familia o de comunidad cristiana que trae y recoge amor en este lugar.

III. La Resurrección como dinámica cósmica permanente

Sí, dinámica cósmica. Aquí estamos en otoño, pero os pregunto: ¿Conocéis la primavera en este hermoso entorno? Porque este domingo es la primera luna llena de primavera en tierras de Jesús. Y esto quiere decir mucho: renace la vida. Se celebra así desde hace 3.300 años: el domingo siguiente a la primera luna llena de primavera.

La resurrección de Jesús no fue un episodio puntual, un suceso que aconteció una vez y ya pasó. Es una dinámica que sigue activa en el corazón del universo. El Resucitado no regresó al pasado: abrió el futuro. Su humanidad glorificada es primicia de lo que está llamada a ser toda la creación.

Teilhard de Chardin lo vio con asombro: el universo entero camina hacia una consumación. No hay un centímetro del cosmos que quede ajeno a esta dinámica. Los árboles, el tiempo, la historia, el sufrimiento de cada criatura: todo está siendo asumido y transformado en el gran movimiento pascual que Dios inauguró aquella madrugada en Jerusalén.

Esto significa que la Resurrección no es solo un consuelo para el más allá, sino una fuerza que actúa ahora, en el interior de la historia.

Cada vez que nace la esperanza, cada vez que el perdón rompe el ciclo de la venganza o del rencor (pensemos en nosotros mismos), cada vez que la vida brota en medio de la muerte —un niño que nace, un enfermo que recupera la dignidad, una comunidad herida que vuelve a confiar— algo del dinamismo pascual está operando.

Pues bien, somos corresponsables de ese dinamismo. Estamos llamados a ser «agentes de Resurrección» en el tejido del mundo: en nuestras familias, en nuestros lugares de trabajo, en nuestra sociedad, en este bello Hogar. La Pascua no nos convoca a evadirnos del mundo, sino a transformarlo desde adentro, con la energía del Amor que no muere.

IV. La dimensión camiliana de la fe en la Resurrección

Para nosotros, religiosos camilos, el Domingo de Pascua tiene una resonancia encarnada, que huele a Hogar, a hospital. Nuestra fe en la Resurrección no es abstracta: se hace carne en el enfermo que yace, en la persona con discapacidad que es ayudada, en la persona en duelo que es escuchada, en el agonizante que teme cruzar el umbral. Ahí está la carne que resucita.

San Camilo encontró a Jesús resucitado en los enfermos de su tiempo. No fue una metáfora piadosa: fue una experiencia mística real. La misma llaga de Camilo fue origen del movimiento humanizador de Camilo.

El signo de la Cruz Roja que llevamos los camilos, que tenemos en la puerta de este templo bajo la estatua es, en el fondo, un signo pascual: el rojo de la sangre y el sufrimiento sede de la esperanza y la vida del cuidado. Y nuestra fe en la resurrección la hacemos vida en el logro de que los enfermos y personas con discapacidad caminen, estén limpios, tomen el sol, vivan un desarrollo justo, cuenten con afectos suficientes para que su vida sea vivida con sentido. Esa es vida de resucitados.

Conclusión

Hermanas y hermanos, cuatro imágenes nos han acompañado en esta reflexión:

- unas mujeres que amaban también en la oscuridad,
- un amor que no tiene fin,
- un cosmos que camina hacia la plenitud,
- y unos enfermos en cuya fragilidad brilla la gloria del Resucitado.

La Pascua está en nosotros, en nuestras familias, en nuestro Hogar. Son cuatro ventanas abiertas al mismo misterio. Son cuatro buenas noticias que celebramos en nuestra Pascua de hoy. De Jesús resucitado tenemos poca iconografía, le dije una vez a los monjes de un famoso monasterio, a lo que el Abad me respondió: le tenemos vivo y dinámico entre nosotros en la Eucaristía, y así lo creo. Gracias por venir a dar vida a esta celebración, a este Hogar. Feliz Pascua a todos.

José Carlos Bermejo